



# Viaje al centro de la hijoputez

*Lobsang Castañeda*

ESTAMOS ACOSTUMBRADOS A CONVIVIR con los hijos de puta porque todos, en mayor o menor medida, lo somos. Parte importante de nuestras actividades cotidianas se adhieren al cedazo de la hijoputez, verdadero emporio de la subjetividad gobernado por un salvaje y arisco Mr. Hyde. La perversidad, en efecto, es ubicua y despliega sus tentáculos, ora de modo sutil e imperceptible, ora de modo estridente y aparatoso. Los perversos andan sueltos y muchas veces disfrazados de curas o líderes comprometidos con la sociedad, paladines del orden, la igualdad y la virtud. En un país como el nuestro se ha vuelto normal que, detrás de cada acontecimiento medianamente significativo, asome una sospecha: aquella que nos indica que quizá todo es producto de los delirios y alucinaciones de un auténtico hijo de puta (o hijo de la chingada, diríamos) sempiternamente guarecido en el corazón de las tinieblas.

Pero más allá de demostrar *urbi et orbi* que la hijoputez permea nuestras vidas, o precisamente por ello, vale la pena preguntarse también por sus raíces biológicas y por el lugar que debido a ellas ocupa en los procesos culturales. Eso es lo que hace el doctor Marcelino Cerejido en *Hacia una teoría general sobre los hijos de puta*, ensayo que llegó para quedarse, pues no abreva de la exégesis bíblica, la especulación metafísica o la divagación psicológica sino de la zoología, la genética y la historia evolutiva para dar con su objetivo. Aunque el problema del mal sea ya un tópico demasiado roído por teólogos, filósofos y prestidigitadores de centro comercial, pocas veces ha sido examinado por hombres de ciencia, seres por lo general



absortos en conocimientos medibles, repetibles y comprobables. En ese sentido, uno de los méritos de esta obra consiste en viajar al centro de la hijoputez a través de una ruta novedosa, llena de obstáculos pero siempre sugerente.

Lo primero es tratar de averiguar, así sea someramente, qué diablos es un hijo de puta, es decir, qué debe hacer cualquier hijo de vecino para dejar de serlo y convertirse en un reverendo hijo de puta. Un hijo de puta, nos dice el doctor Cereijido, es una persona que causa mal a sabiendas, un individuo que, aprovechando determinadas circunstancias, perjudica de forma grave a otro(s). Lo segundo es saber si existen manifestaciones arquetípicas y, por ende, clasificables de la hijoputez, es decir, si hay algo así como hijoputeces recurrentes o modélicas. El doctor Cereijido piensa que sí aunque, advierte, ninguna tipología puede agotar un asunto que por definición es abundante, polimorfo y polisémico. No obstante, dentro de las hijoputeces más habituales resulta viable destacar las siguientes: a) hijoputeces por costumbre o tradición (como el vendaje y la deformación de los pies femeninos en la

cultura china o la ablación del clítoris en la cultura musulmana); b) hijoputeces transmitidas por cuentos y leyendas infantiles (que sirven para reafirmar la autoridad de los padres mediante la represión y el miedo de sus vástagos); c) hijoputeces diplomáticas (como la hambruna en África, producto no de la “falta de lluvia” sino de la destrucción socioeconómica perpetrada por las potencias del primer mundo al liberar sus colonias y mutilar sus territorios, impidiendo así que muchas de las tribus seminómadas que todavía pueblan aquellos lares se vean imposibilitadas para emigrar en busca de los recursos necesarios para su manutención); d) hijoputeces consumadas por madres y padres de familia que explotan, golpean y utilizan a sus hijos para cometer delitos u obtener dinero; e) hijoputeces relacionadas con la tortura y el abuso de autoridad; f) hijoputeces manejadas como si fueran activos bancarios (en donde el hijo de puta, antes de transgredir, acumula un capital de virtud para poder hacerlo sin culpa); g) hijoputeces relacionadas con el “cognicidio” (en donde todo tipo de adoctrinamientos y fundamentalismos le restringen al otro su derecho a interpretar la realidad de la mejor



Marcelino Cereijido

*Hacia una teoría general sobre los hijos de puta. Un acercamiento científico a los orígenes de la maldad.*  
México, Tusquets, 2011, 294 pp.

manera posible); h) hijoputeceas vinculadas al genocidio (en donde el principal objetivo es cosificar al otro, exterminarlo y evitar que se reproduzca); i) hijoputeceas relacionadas con la corrupción y j) hijoputeceas emparentadas con la *Schadenfreude* (vocablo alemán que designa el sentimiento de alegría que provoca el sufrimiento ajeno).

Una vez confeccionada esta sucinta clasificación, el doctor Cereijido intenta justificar su intrusión en la perversidad humana desde una perspectiva eminentemente biológica asegurando que “no está tan sustentado que sólo los humanos podamos *captar* la maldad”. De hecho, dice, “los animales tienen conductas provocadas por mecanismos, núcleos del cerebro y mediadores sinápticos que los humanos también tenemos porque los hemos heredado de ellos a través de la evolución, y que si, independientemente de la causa, llegan a entrar en función en nuestro cerebro y dictaran nuestra manera de actuar, nos harían cometer hijoputeceas”. De esta manera, si por un lado es verdad que buena parte de la maldad está determinada por la cultura, también es cierto que existen muchos fenómenos culturales (entre ellos la propia hijoputez) que tienen raíces biológicas imposibles de ignorar. En consecuencia, la pregunta que abriría una nueva

vertiente en el añejo debate sobre el mal sería: ¿cuáles son las raíces biológicas de la hijoputez?

Dado que no son los organismos independientes los que evolucionan sino las especies, resulta necesario examinar los mecanismos naturales que a la larga posibilitaron la existencia de la malquerencia como un tipo de conducta universal. Aunque parezca increíble, dichos mecanismos son, principalmente, el “asteroídazo” de hace 65 millones de años que acabó con los dinosaurios y convirtió a los mamíferos en los dueños del planeta, el cambio climático de hace 4 millones de años que transformó a los monos en homínidos y, sobre todo, la Revolución Agraria de hace 10,000 años “que los expulsó de un contexto materno-familiar cálido, endócrino, emocional, conocido, y los diluyó en un océano de gente extraña en la que no se podía confiar o, mejor dicho, de la que se tenía que cuidar.” Efectivamente, la Revolución Agraria obligó al hombre a establecerse en un solo lugar, a cultivar la tierra, a domesticar plantas y animales, a crecer numéricamente y a agudizar su instinto de territorialidad que, más tarde, lo transformó no sólo en un recolector de excedentes o en un protourbanista, sino en un atento vigilante de lo propio. Desde esta perspectiva, es muy probable que la hijoputez humana haya surgido como

una *propiedad emergente*, o sea, como el resultado de un *collage* formado por múltiples pechinas biológicas (o partes de un organismo generadas por la evolución con un determinado propósito aunque luego adquirieran funciones distintas), las más de ellas signadas, obviamente, por el sedentarismo. Sobra decir que a estos factores biológicos pronto se agregan fenómenos de tipo cultural (circunstancias, restricciones, obediencias, dilemas) que facilitan la conversión del individuo en hijo de puta. Y aunque es la propia sociedad la que nos pone trabas y nos impide comportarnos como queramos o realizar todas aquellas cosas que nos son convenientes, la hijoputez se revela (y seguirá revelándose) como un sistema complejo repleto de *atractores*, es decir, de estructuras adoptadas espontáneamente, de fuerzas enmarañadas e ignotas dispuestas a confabularse y a producir efectos inesperados.

Así, la ciencia nos ayuda a explicar aspectos de la conducta humana que desde otra perspectiva serían difíciles de comprender. Sólo mediante ella podemos llegar a saber que la hijoputez consiste en “tomar un atributo biológico que nos permite sobrevivir ‘lícitamente’ y transformarlo en pechina perjudicial. Al vivir insertados en cadenas tróficas y tener que devorar a otros organismos para sobrevivir, desarrollamos atributos que se transformaron en pechinas al ser usados para abusar del otro, es decir, se desviaron de sus funciones originalmente aceptadas”. Y aunque, ciertamente, no portemos ningún “gen del mal”, sí somos dueños, en cambio, de algunos reactivos biológicos que, dadas las condiciones sociales adecuadas, nos pueden obligar a dañar a los demás.

Es por eso que, gracias a su amplio bagaje científico y a su fluidez explicativa, esta obra del doctor Cereijido puede verse como una suerte de propedéutica, de cara a la formulación de una nueva ética anclada en las raíces biológicas del ser humano. Si la hijoputez está en todas partes, resulta entonces igual de necesario que todos aquellos elementos que sirvan para comprenderla y contenerla se encuentren también al alcance de las mayorías. ■

